

CÁMARA MUÑOZ, Alicia; MOLINA MARTÍN, Álvaro y VÁZQUEZ MANASSERO, Margarita Ana (coords.). *La ciudad de los saberes en la Edad Moderna*. Gijón: Trea, 2020, 291 pp.

Las ciudades son más que un conjunto de edificios, calles y comercios donde reside un grupo de personas. En estas nacen y se desarrollan actividades culturales, sistemas de gobierno y, además, el conjunto arquitectónico de estas se establece y se modifica atendiendo a los cánones de cada época. Dicho de otra manera, la mayoría de las urbes conservan la herencia de tiempos pasados, pero estas experimentan readaptaciones y cambios en su estética y en las formas culturales que van asociadas a ellas.

El libro *La ciudad de los saberes en la Edad Moderna* (2020), a través de 15 artículos de diferentes especialistas de universidades españolas e italianas, analiza la cultura urbanita en el siglo XVIII desde diferentes enfoques temáticos y metodológicos. Como los mismos coordinadores del volumen expresan, «este libro habla de los ojos que miran, oídos que escuchan y pasos que recorren unas ciudades en las que el progreso creó los escenarios urbanos monumentales donde las ciudades se reconocieron como habitantes de una realidad distinta a la rural, en la que el ser un contenedor de saber era una de sus marcas distintivas, aunque no todos sus habitantes participaren de la misma manera directa del mismo» (pp. 9-10). Desde Sicilia y el norte de África, y pasando por el Reino de España, esta obra se centra en la ciudad y en las culturas asociadas a esta como

objeto de estudio y para ello divide las aportaciones en tres apartados diferentes. En el primero de estos se analiza la arquitectura pública, es decir, la organización de las urbes, los ingenieros, los principales edificios o los planos y maquetas. En el primer artículo de Alicia Cámara se analiza cómo las ciudades, a partir del siglo XVI, racionalizaron sus trazados y se organizaron geométricamente, abriendo calles rectas y amplias o plazas regulares, permitiendo así «la circulación de carros y carrozas, que cada vez se hacen más necesarios para la vida de la Corte; se pueden imponer trazados irregulares medievales con fines de decoro y ornato urbano; pueden tener fines militares en las ciudades de frontera, para el movimiento de ejército [...]», unas urbes que «siempre reflejan el poder del gobernante empeñado en el bien político porque esos trazados solo se los podía permitir un poder político capaz de derribar casas para ordenar los espacios públicos» (p. 29). Los estudios de Antonio Bravo Nieta y Sergio Ramírez, por una parte, y de Juan Miguel Muñoz, por otra, analizan la construcción de dos tipos de edificios. El primero se centra en la construcción de hospitales en ciudades del norte de África y cómo estos estaban vinculados al componente militar de la zona. Por su parte, Muñoz habla de la construcción de nuevos edificios aduaneros en el Siglo de las Luces, porque estas edificaciones «adquirieron un protagonismo acorde con la evolución de las necesidades implícitas del progreso económico mercantilista» (p. 105) en un marco en el que la arquitectura aduanera se interpreta como imagen de la riqueza del Estado. Un gran avance

para las urbes dieciochescas fue la llegada y mejora del agua y sus conductores y de ese tema trata el artículo sobre las ciudades sicilianas de Maurizio Vesco. Por último, Alfonso Muñoz estudia cómo se orquestaron estos cambios en las metrópolis a través de los diferentes proyectos urbanísticos y de ingeniería, representados en planos, maquetas o dibujos.

La segunda y la tercera parte del libro se centran en destacar quiénes fueron los agentes que crearon estas ciudades y los espacios donde se desarrollaron las actividades culturales más destacables. De los parnasos se ocupa Jarvier Portús, con biografías de pintores e intelectuales vinculados a las urbes que ayudan a entender las diferentes maneras de comprender y representar las metrópolis. Pero si los edificios públicos o los grandes monumentos fueron una parte importante de las ciudades, también lo fueron algunas casas particulares que se consolidaron como centros de cultura en su época. En este sentido, las aportaciones de Pedro Reula sobre Juan de Espina y de Miguel Morán sobre Vicencio Juan nos describen a dos personajes curiosos que acumularon diferentes objetos «extraños», los cuales atrajeron a multitud de personas deseosas de contemplarlas. Este hecho reportó, a estos dos personajes, fama y prestigio, pero también duras críticas, aunque estas últimas han sido interpretadas como «una condena de la curiosidad, una imposición de los límites del saber, una zona vedada a la inspección de los hombres [...]» (p. 149). Un peso importante para la creación y la difusión cultural lo tuvieron los impresores o los vendedores de libros y grabados,

como se puede desprender del estudio de Margarita Ana Vázquez sobre las tiendas de los comerciantes de libros en el siglo XVII –la de Gaspare Vivario en Roma y la de Antonio Mancelli en Madrid–, donde observa que las dos se ubicaron en importantes enclaves de la ciudad, establecieron estrechos contactos con la élite artística e intelectual de la Corte, y que sus actividades iban más allá del comercio de libros, ya que comerciaron con estampas y cartografías. Este estudio viene complementado con otro de Jesusa Vega sobre los comerciantes de libros en el siglo XVIII en Madrid, donde las gacetas, diarios y todo tipo de libros inundaron las calles y las casas. Pero no solo los mapas o los libros de filosofía o matemáticas iban a tener un peso destacable en las ciudades. Así, los pliegos de cordel, los pasquines, los carteles o los edictos, es decir, impresos y manuscritos breves, también tuvieron un papel crucial. Antonio Castillo analiza este tipo de literatura pensada para las masas y que muchas veces era declamada en voz alta, después de ser aprendida de memoria, por un ciego; o bien era leída por una persona letrada que pasaba casualmente por la calle. Eran lecturas urbanas que formaban parte activa de la vida cotidiana de una ciudad, ya que a nadie debía extrañarle escuchar casi a diario «la publicación de un edicto por voz de un pregonero, ora escuchando a los ciegos contar las coplas e historias memorizadas, ora sentados en derredor de un novelero en cualquier mentidero urbano, ora oyendo atentamente a quien leía en público un libelo [...]» (pp. 221-222). Pero la cultura urbana no era hermética, más bien al contrario.

Las redes de conocimiento entre países fueron una realidad como la que confeccionaron los Tesini, estudiada por Gian Piero, ubicados cerca de Trento y creadores de una importante compañía de impresión de estampas, con vendedores ambulantes que las llevaron a lugares como Francia, Reino Unido, Rusia e incluso a América o la India.

Por otra parte, el volumen que comentamos también se ocupa del saber institucionalizado. Así, en el artículo de Ana Velasco se habla de esto por medio de la Academia de Historia y sus disputas con la Biblioteca Real por los espacios que compartirán y cómo la primera logró el permiso del rey para leer libros prohibidos. Por su parte, Daniel Crespo se centra en la imagen de las ciudades, especialmente Madrid, que desprende la famosa obra de Antonio Ponz *Viaje de España*, destacando también las instituciones de conocimiento, como el Gabinete de Historia Natural, la Academia de San Fernando o el Jardín Botánico. De este tipo de instituciones hablará igualmente Álvaro Molina a través de la obra *Paseo por Madrid, o guía del forastero en la corte*, publicada a inicios de 1815, donde analiza cómo muchas organizaciones científicas y culturales, después de la Guerra del Francés, interrumpieron su actividad, como el Real Observatorio Astronómico, porque fue prácticamente arrasado en la guerra, y otras

tuvieron que recrearse o adaptarse en los tiempos adversos de la postguerra.

Sin duda, pensamos que se trata de un libro con aportaciones destacables para el estudio de la cultura urbana en la Edad Moderna, con temas heterogéneos que van desde el análisis de grandes edificios públicos, como las aduanas o los hospitales, las instituciones de conocimiento o las tiendas de importantes comerciantes, al análisis de casas particulares, de «curiosidades», o de las lecturas populares que eran vendidas y leídas en las calles. A pesar de tratarse de un volumen colectivo con artículos de muy diversa índole, se desprenden ideas de conjunto como la jerarquización de los espacios urbanos, es decir, la venta de libros o pliegos de cordel no tenían sentido en lugares poco transitados, mientras que se intentaba que los hospitales estuvieran en las afueras por cuestiones de higiene. También está muy presente en todo el libro la idea de la adaptación de la ciudad al contexto político y cultural de cada época, es decir, los edificios se construyen y se organizan de una determinada manera con una intención funcional y política. En resumen, esta obra pone a las ciudades en el epicentro de la creación de saberes y conocimiento.

Alejandro LLINARES PLANELLS